



# REDONDO, AUGUSTIN. *Otra manera de leer el "Quijote"*, Madrid, 1997.

Autor:  
Vila, Juan Diego.

Revista  
Filología.

1999, N°32 (1-2), pp. 238-242



Reseña



REDONDO, AUGUSTIN, *Otra manera de leer el "Quijote"*, Madrid, Editorial Castalia, Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, 1997, 519 p.

La fortuna editorial de un texto –a partir de la aceptación de los lectores- y el ulterior proceso de canonización, con el transcurso del tiempo y el peculiar entramado de críticas y lecturas, superpuestas o contrapuestas, complementarias o refutatorias, tiene en el

caso concreto del *Quijote* de Miguel de Cervantes Saavedra uno de los ejemplos más peculiares y, por momentos, paradójales que todo hispanista pudiese considerar.

Para muchos, y en perspectiva más que amplia, resultaría prácticamente irrefutable que Cervantes es el autor del milenio precedente y que el *Quijote* —su obra cumbre— el ejemplo más acabado de lo literario en el orbe hispánico todo y, sin embargo, contrariamente a lo que le ha sucedido a un sinnúmero de textos que no gozaron del particular privilegio de ser erigidos en iconos culturales de una nacionalidad determinada, es algo bien sabido que resulta casi imposible trazar la correspondencia inequívoca y perfecta entre el texto cervantino y un discurso crítico determinado.

Como si del tonel de las Danaides se tratara, o de la roca que el condenado Sísifo jamás puede dejar quieta en la cumbre, el texto del *Quijote* se ha encargado de demostrar —tras casi cuatrocientos años de lectura y “combates” ininterrumpidos— que nunca podría ser cristalizado en un punto muerto, en una única y magistral lectura que, para la posterioridad, sirviese de punto de partida respetado e ineludible en sus consideraciones.

Y si bien es cierto que el carácter canónico del mismo texto consolaba *a priori* las más variadas perspectivas críticas, por cuanto se podía decir siempre, ante cualquier eventual reparo, que por ser un clásico, siempre había algo más por decir, lo cierto es, sin embargo, que el asedio no cejó en lo más mínimo y que la existencia de dos publicaciones periódicas consagradas al autor, como el sinnúmero de congresos y jornadas académicas, testimonian, por el contrario, una vigencia y un interés crítico inusitado.

¿Qué mérito particular tendría en ese horizonte el libro que hoy reseñamos?

Un primer detalle relevante —que el estudio de Augustin Redondo se encargará de demostrar— es que, contrariamente a la moda imperante, donde a un estudio sobre el *Quijote*, sobre la supuesta “teoría literaria” de Cervantes, o sobre la relación o proyección de este texto en cualquier otra obra de la literatura universal sigue, sin mayores problemas, sin solución de continuidad y sin consideración alguna de lo heredado, otro estudio más, el título elegido (*Otra manera de leer el “Quijote”*) remarca, con claridad, que un camino diferente es posible. Su obra, adelantémoslo, no está llamada desde su muy sugerente título, a ser una más en una larga e infinita serie, apunta, muy por el contrario, un desvío producido y más que necesario que el texto reclamaba.

Su punto firme y centro de inflexión a partir del cual se elaboran las distintas partes del libro, es la lectura, una lectura entendida como práctica cultural epocalmente determinada y condicionada, un tipo de lectura que —con el horizonte de los lectores hispánicos del siglo XVII, sus conocimientos y prácticas cotidianas, sus saberes literarios y de otras disciplinas— apunta a la recepción y a la asignación de sentidos que el primer público pudo realizar.

El propósito de Redondo, por otra parte, no es un absoluto. No es la formulación de una teoría de la lectura del *Quijote*, ni, muchos menos, un manual universitario o escolar que reduzca y simplifique la diversidad de la obra de modo tal que se pueda retransmitir sin mayores complicaciones, que se pueda inmortalizar en una única interpretación. Como bien lo aclara en la Introducción y en la Nota bibliográfica el conjunto de partes y capítulos son el resultado de largos años de investigación con perspectiva interdisciplinaria y no son, por el contrario, el resultado de una escritura programática que se hubiese propuesto agotar ángulos de análisis y vías de entrada prestigiadas para el comentario del texto. Y ello, en gran medida, porque si bien es cierto que —como en tantos otros críticos— el *Quijote* sigue siendo el objeto central de

estudio, en el caso de Redondo lo es por cuanto lo inscribe en una cultura determinada y allí, por cierto, no prima la lógica de laboratorio universitario, del objeto aislado en el cual, con suma calma —y sin mayores consecuencias que la taxonómica descripción de datos— se puedan aislar narradores, puntos de vistas, planos de estructura o protagonistas.

Divididos en cuatro secciones —que no implican necesariamente la cronología en la composición y que no reconocen, de un modo obligado, jerarquías o secuencialidad entre ellas, pero apuntalados entre sí por un valioso índice de nombres y de títulos— el agrupamiento que Redondo le confiere a una serie de trabajos que el ya había publicado en forma aislada, tanto en revistas especializadas como en distintos homenajes o *Actas* de congresos entre 1978 y 1997, resulta más que ilustrativo de la perspectiva teórica asumida como propia.

En la primera parte “Texto y Contexto: problemas de intertextualidad” ubicó seis estudios que dan cuenta del modo en que el estudio de un texto no debería aislarse del contexto histórico-social de producción por cuanto si se acepta que éste viene a ser un “*acto de comunicación, y, como tal, implica una recepción, es decir que tiene una dimensión social*”, la perspectiva dialéctica se vuelve indispensable para comprender como una obra termina siempre iluminando aspectos de la sociedad.

A un muy sólido y exhaustivo conocimiento histórico —particularmente puesto de manifiesto en “Acercamiento al *Quijote* desde una perspectiva histórico-social”— le agrega el dominio de la coordinada folklórica, de la cultura popular y de todo aquello que permita entender las mentalidades en vigencia y en pugna en la España de los siglos XVI y XVII.

Algo que caracteriza a los estudios de este primer apartado es la órbita amplia, la trayectoria prolongada de un fenómeno o un motivo a lo largo del texto que, volviéndose eje de su análisis, precisa y delimita un aspecto cultural generalmente desdeñado o considerado secundario para la explicación de la obra. Así nos habla, por ejemplo, de la tradición de la “cacería salvaje” o “estantigua”, de los discursos sociales sobre la melancolía o de las prácticas de vapuleamientos y azotes en la sociedad que Sancho y Don Quijote recorren.

La segunda sección de la obra, “Personajes cervantinos bajo nueva luz”, produce una variación sin traicionar los principios metodológicos, y recalcamos este aspecto del texto porque si bien es cierto que muchos libros que explican una trayectoria académica de más de 20 años —éste sería uno de ellos— terminan pretendiendo volver inexistentes las modulaciones o reposicionamientos, conforme los vientos y perspectivas críticas se suceden, Redondo sigue, no obstante, fiel a sus intereses.

Allí encontramos muchos de los artículos que le valieron un reconocimiento unánime por parte de los cervantistas, aquellos donde explicó, como ningún otro, la vasta importancia de la cultura popular en la génesis de la obra, los verdaderos alcances del *Quijote* como un texto de burlas —sin desestimar la seriedad que podía tener—, la sugerente dinámica del universo del carnaval.

“Tradición carnavalesca y creación literaria: el personaje de Sancho Panza” fue el primer gran hito de una serie que se hizo extensiva a los personajes de Don Quijote, Aldonza Lorenzo, Ginés de Pasamonte y el Caballero del Verde Gabán y es de por sí notorio que, transcurridos más de 20 años —el artículo sobre Sancho Panza es de 1978—, estos textos de Redondo terminen siendo prácticamente los únicos sobrevivientes del furor bajtiniano en la crítica hispánica de los años 80. Y, si al contexto de escritura nos remitimos, nada explicaría mejor la fortuna de este hábito de lectura, que el hecho

de que frente a la multiplicidad de críticos que entendieron el carnaval como una receta, aplicable a la obra porque hay diálogo, o porque se discute y hay reformulación, Redondo entendió este fenómeno como una práctica cultural en toda su dimensión antropológica. De allí, entonces, que ninguna de estas lecturas en su voz hayan envejecido. Y, de hecho, hasta quienes no adscriben a la ideología cazorra como principio estructurante de la obra, hasta quienes solo ven en el *Quijote* la primera novela moderna o el ejemplo de escritura por sus técnicas narrativas o sus innovaciones genéricas, jamás dudan a la hora de acreditar sus lecturas con la prestigiosa cita de estos artículos.

La tercera sección tiene un alcance más microscópico ya que frente a la recurrencia de un motivo que organiza muchos de los estudios de la primera parte del libro, o los planos de construcción de un personaje, que explican los de la segunda, "Episodios cervantinos: un replanteamiento" enfoca, de lleno, lo que suele ser una de las modalidades predilectas de la crítica, aislar aventuras, secuencias breves a partir de las cuales se tensan sentidos generales para la totalidad del texto.

Y si la lógica de las inversiones, del mundo al revés, primó en muchas de las explicaciones y argumentaciones textuales de los capítulos previos, es en esta tercera sección –más que en las restantes– donde el autor enfatiza y exhibe con mayor precisión la dimensión paródica del texto, los presupuestos burlescos de esta escritura, y, por sobre todo ello, la conciencia de conflicto en el orden simbólico.

Esta tercera parte es la más extensa y nuclea en dos apartados - el de los episodios del *Quijote* de 1605 y el de los episodios de 1615- una serie de estudios donde con magistral sabiduría pone en juego un sinnúmero de intertextos secundarios considerados marginales, poco relevantes o indignos de ser adosados a la mayor obra de Cervantes. Así, por ejemplo, nos ofrece las potencialidades del *Flos Sanctorum* de Alonso de Villegas, verdadero best-seller popular de aquel entonces, para entender en todos sus alcances el trabajo paródico sobre la nominación de los personajes –tal sería el caso de "El episodio de Basilio (II, 19-21)"- y es, claramente, esa continua atención a lo que el texto dice, a lo que está escrito, lo que define el modo de leer en esta sección.

Redondo no desoye el texto y tampoco a las tradiciones populares que en él hablan –un muy buen ejemplo sería "El episodio de Andrés (I,4 y I,31)"- y es quizás esta envidiable aptitud, de combinar y relacionar lo erudito y finamente buscado con lo popular y habitualmente menospreciado por "bajo" lo que permite explicar uno de los grandes méritos de este texto.

La cuarta parte –siguiendo los lineamientos de la tercera- solo incluye, a modo de conclusión, un trabajo "Parodia, Lenguaje y verdad en el *Quijote*: el episodio del yelmo de Mambrino (I,21 y I,44-45)". Y esta clausura, por cierto, no implica agotamiento sino, antes bien, una muy productiva recontextualización de lo que debería asumir la crítica posterior como contexto básico para, a partir de los blancos, generar nuevas lecturas.

Allí, en el último párrafo de todo el texto, no vaciló en afirmar que

En el "Quijote" se elabora pues una poética nueva que supera el principio de autoridad, invierte las perspectivas, provoca la variedad de las miradas y hace triunfar la libertad de los personajes, revelando otra verdad del mundo. Gracias a la locura y a la parodia, una reflexión penetrante se está llevando a cabo, vinculada a las relaciones que existen entre el lenguaje y la verdad, entre el ser y el parecer de las cosas, de los seres y de la república, una reflexión tanto más aguda cuanto que la España contemporánea, aparentemente brillante, se halla corroída por una certera decadencia.

Muchos son, por cierto, los méritos que se podrían destacar del más reciente libro de Augustin Redondo, prolífico e infatigable docente e investigador de la Sorbonne Nouvelle, director del centro de investigaciones sobre la España de los Siglos XVI y XVII y autor –individual o en colaboración– de una larga veintena de volúmenes sobre temas culturales del Siglo de Oro, quizás lo más justo y acertado, por sobre la valorada trayectoria personal que vuelven lógico y esperable el nivel del texto que hoy se reseña, es que, casi cuatro siglos después, Cervantes ha encontrado un inmejorable lector para su *Quijote*.

JUAN DIEGO VILA

† Universidad de Buenos Aires.